



EL MURO QUE DERRIBÓ MOSCÚ



VALENTIN POPESCU

PERIODISTA



A finales de los años 80 el comunismo estalinista llevaba lustros agonizando. Por razones económicas, evidentemente. Pero también, y en no menor medida, porque el monopolio satrápico del poder instaurado por Stalin había anquilosado el Estado hasta la agonía. Cuando Andropov asumió la secretaría general del Partido, esto era una evidencia para la minoría dirigente; una evidencia, pero no una angustia. El país podía seguir deca- yendo durante decenios sin entrar en coma, y Andropov le planteó al Politburó la disyuntiva del riesgo de una reforma profunda del sistema y del Estado para devolverles la viabilidad o apostar por la continuación del lento declive dentro del inmovilismo. Y el Politburó, copado por los ancianos héroes de la revolución bolchevique y la II Guerra Mundial, optó por el continuismo.

Una de las muchas cosas que no previó el Politburó al iniciarse la “guerra fría” fue la carrera armamentista desencadenada por el presidente Reagan y que precipitó la quiebra de la Unión Soviética. Esta crisis financiera era angustiosa porque la falta de dinero venía a coincidir con el desgaste humano de un sistema que anteponía la lealtad a la capacidad, al tiempo que se distanciaba cada vez más del pueblo. Gorbachov asumió la secretaría general del Partido consciente de todos estos problemas, pero creyó equivocadamente que si resolvía como fuera la crisis financiera, la crisis intrínseca del sistema se resolvería por sí sola o con unas pocas reformas. Al mundo entero se le vendió en cambio este proyecto con dos etiquetas que hicieron furor en su momento: “Glasnost” y “Perestroika”.

Pero Gorbachov tenía poco que vender. Fuera de materias primas, la URSS no exportaba más que ideología... y esa no daba un céntimo. Así que echó mano de fantasía y psicología política y puso en venta la República Democrática Alemana, la RDA. No sólo era el país más rico del Pacto de Varsovia, era sobre todo el único territorio no ruso que se podía vender. Porque el ricacho de la época – la República Federal Alemana – tenía la unificación como razón política de ser – figuraba en su Constitución - y, sobre todo, tenía el dinero suficiente como para pagar un alto precio por ella.

Claro que si la idea era buena y factible desde el punto de vista ruso, no por ello era fácil. El Gobierno alemán del canciller Kohl asumió enseguida la iniciativa del Kremlin, pero fue el único. La oposición parlamentaria alemana veía con malos ojos la operación; y aún más, Gran Bretaña y

Evidentemente, estoy hablando del muro de Berlín. Pero lo hago 30 años después de uno de los acontecimientos más impactantes del siglo XX y son dos las cosas – el largo lapso de tiempo transcurrido y la memoria mediática – que me obligan a hacer ahora un relato herético del caso. Porque el muro de Berlín no lo derribaron los alemanes orientales hartos del comunismo, ni tampoco la propaganda occidental exhibiendo las abundancias del capitalismo, sino las angustias de un estalinismo agonizante.

Como fui uno de los testigos de primera fila de aquel acontecimiento y de aquella época, voy a repasar en cuatro zancadas la historia del más famoso trozo de la extinta frontera interberlinesa para situarla en su auténtico contexto. Y es que el paso del tiempo y los apriorismos políticos generan fácilmente visiones aberrantes de la Historia.

Para empezar, la caída del muro berlinés y la consecuente unificación alemana no fueron sucesos alemanes, sino soviéticos. Fueron ventas del Kremlin para tratar de salvar in extremis la URSS y el estalinismo de la bancarrota. Por cierto, entonces y ahora se ha hablado de reunificación, pero no hubo tal cosa. La Alemania unida de hoy en día no tiene en absoluto las fronteras que tuvo el III Reich antes de la II Guerra Mundial.

Francia. Los socialdemócratas germanos se negaban porque consideraban precipitado el plan y porque temían que la unificación eternizaría en el poder a los cristianodemócratas. Y en el mundo comunista abundaron los dirigentes que consideraban que el plan era suicida, pero escasearon los que tenían el valor de decirlo públicamente.

París y Londres veían con temor la reaparición en Europa de una Alemania de 80 millones de habitantes que pondría en peligro el equilibrio de poderes en la Unión Europea y elevaría el protagonismo germano en la OTAN.

También en el mundo comunista surgió al final una oposición desesperada tanto en Moscú como en Bucarest y el Berlín Oriental. A esta oposición ultra ortodoxa comunista no le inquietaba mucho la unificación alemana, pero sí le espantaban “glasnost” y “perestroika”. A la vieja guardia del Kremlin, al igual que a Honecker y a Ceausescu, las reformas profundas le parecían un suicidio. Todos ellos estaban convencidos de que no había dictadura en el mundo que resistiera reformas de ese calibre.

Los acontecimientos que generaron la política de Gorbachov acabaron dándoles la razón a los anti reformistas. Pero ni la vieja guardia soviética, ni Ceausescu ni Honecker tenían poder suficiente para contrarrestar al nuevo Gobierno ruso. La oposición soviética fue acallada como siempre, sin estridencias. Pero las rebeldías abiertas de los comunistas germanorientales y rumanos tenían que ser castigadas. Con “glasnost” y “perestroika” o sin ellas, la hegemonía absoluta del Kremlin en el mundo comunista debía seguir. Ceausescu fue eliminado con una sangrienta revolución popular teledirigida desde el Kremlin. Y Honecker sufrió una doble erosión. Por un lado, el de una protesta popular que súbitamente era tolerada por la policía y, aún más, por las tropas rusas de ocupación. Y por otro lado, los germanorientales fieles a Moscú en el propio Partido Comunista alemán también socavaban el

PARA EMPEZAR, LA CAÍDA DEL MURO BERLINÉS Y LA CONSECUENTE UNIFICACIÓN ALEMANA NO FUERON SUCESOS ALEMANES, SINO SOVIÉTICOS. FUERON VENTAS DEL KREMLIN PARA TRATAR DE SALVAR IN EXTREMIS LA URSS Y EL ESTALINISMO DE LA BANCARROTA

poder de Honecker dentro del Politburó y del Gabinete. Y tuvieron su premio, ya que no tardaron en tomar las riendas del Gobierno de la RDA.

De la implicación rusa en el desmontaje de Honecker da fe el enfrentamiento del jefe de la policía de Leipzig con el comandante de las tropas soviéticas estacionadas en esa ciudad. La metrópoli sajona se había erigido en el ariete del reformismo y cada semana los “aperturistas” organizaban al grito de “¡ Nosotros somos el pueblo !” manifestaciones masivas en pro del aperturismo. Honecker, que se veía cada día más débil y

solo, ordenó pocas semanas antes de la caída del muro que la policía reprimiera las manifestaciones de Leipzig aunque fuera a tiro limpio. Y ese viernes los agentes recibieron balas de verdad para sus armas.

Después de que Honecker diera esa orden, el jefe local de la policía fue convocado en el despacho del general ruso que mandaba las tropas de la zona quien le dijo algo muy parecido a: “Mis tropas van siempre armadas con balas de verdad y desde hoy tienen orden de disparar contra sus agentes si estos disparan contra la población civil”. Ese viernes no se hizo disparo alguno en Leipzig, pero el matrimonio Honecker trazó ya sus planes de fuga a Chile.

Todo el orbe eurocomunista estaba en ebullición y los síntomas de descomposición del estalinismo las notaba hasta el más lerdo. Pero era una ebullición y no una demolición. Gorbachov y Kohl – que ya se habían puesto de acuerdo en las contraprestaciones financieras que iba a dar la RFA por la unificación – eran conscientes de que el ambiente favorable a esta operación podría invertirse en cualquier momento. Meses más tarde, el canciller Kohl declaró que lo que él llamaba “la ventana de la unificación” solo estuvo abierta una semana.

En esta semana Gorbachov y Kohl se impusieron a sus detractores, pero ni el uno ni el otro lograban superar las reticencias franco-británicas.

Fue la presión de los Estados Unidos –siempre partidarios de la simplificación- la que acabó con ellas, haciendo realidad un acontecimiento que un año antes habría sonado en todo el mundo a quimera pura.

Tengo que señalar que si yo hablo aquí de una venta rusa de la Alemania Oriental a la Federal en realidad fue una transacción muy sui generis. Gorbachov impuso muchas condiciones a Kohl, todas encaminadas a perpetuar buena parte de la herencia comunista del país y a salvaguardar muchas carreras políticas. Eso explica las árdas negociaciones inter-alemanas para el tratado de unificación y las piruetas políticas de primera hora que se registraron en la nueva Alemania. Vistas con la perspectiva de seis lustros, resulta evidente que estas piruetas eran los estertores de un mundillo político de la RDA que no había tenido pasado ni iba a tener futuro... si se exceptúa a la señora Ángela Merkel. Pero para los espectadores de aquellos días –entre los que me cuento, puesto que estaba en primera fila como corresponsal de “La Vanguardia” en Bonn- todo eso era un fascinante espectáculo de arribismo, megalomanía y rencor. Incluso, de más arribismo que de rencor.

Es evidente hasta la saciedad que en la RDA había también una enorme presión psicológica. A causa de la comunidad idiomática, la proximidad física –una proximidad agravada por el ingente número de visitas particulares de los alemanes federales a sus familiares del este- y la captación de los programas de TV y radios occidentales, los germanos orientales ansiaban más que soñaban con gozar de un nivel de vida similar. Lo que empezó como un chascarrillo de que en la división de Alemania los occidentales se quedaron con el capital y los comunistas con Marx parecía ahora una realidad sangrante. En el Este ansiaban cambiar a Marx por el capital.

En vísperas de la caída del muro yo hice mi microscópica encuesta

demoscópica en la RDA. Los aires gorbachevianos de cambio imperaban en el país y yo preguntaba a diestro y siniestro

- *¿Qué queréis?*

E invariablemente se me respondía

- *¡Vivir como ellos!*

Con la unificación, lo que muchos alemanes a uno y otro lado del muro entreveían o simplemente intuían iba a ratificarse muy pronto. Me refiero a que si el muro había desaparecido físicamente –hoy quedan un par de pedazos como lúgubre testimonio-, mentalmente sigue estando allí. Y económicamente, también. La auténtica unificación de Alemania requerirá aún una o dos generaciones. Porque hoy en día son demasiados los alemanes que siguen distinguiendo entre los de allá y lo de acá. Con el agravante de que la discriminación es mutua y la diferencia de nivel de vida, patente.

En parte, esta situación era y es inevitable. Económica y técnicamente el potencial fabril de la RDA era muy inferior a la industria de la RFA. Y cuando se consumió la unificación, casi todas las empresas orientales fueron adquiridas por las occidentales, que –con un criterio muy lógico- enviaron a su personal de confianza para dirigir las nuevas propiedades. Los gerentes y técnicos de antes pasaron a cargos de segunda fila y se quejaron enseguida, y muy amargamente, de que eran víctimas de una colonización de Alemania por alemanes... del oeste. Aún hoy en día los salarios en los territorios de la antigua RDA son un 30% más bajos que los de la parte occidental. Con el agravante de que la productividad de las empresas germano-orientales también es muy inferior a la de las occidentales.

A corto plazo la situación empresarial se agravará todavía más porque el desnivel salarial entre los dos sectores alemanes ha provocado una migración al oeste de los trabajadores mejor preparados y dentro de poco el 30% de los asalariados de esos

FUE LA PRESIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS –SIEMPRE PARTIDARIOS DE LA SIMPLIFICACIÓN- LA QUE ACABÓ CON ELLAS, HACIENDO REALIDAD UN ACONTECIMIENTO QUE UN AÑO ANTES HABRÍA SONADO EN TODO EL MUNDO A QUIMERA PURA

territorios se jubilará sin que haya perspectivas de reemplazo. Ya hoy en día hoteles, clínicas y asilos buscan en los países del Este europeo cocineros, camareros, enfermeros y médicos y no terminan de cubrir todas las plazas.

Pero, creo yo, en mayor parte esta discriminación ha sido la consecuencia de la velocidad de todo el proceso de unificación. Las ideas y los hábitos son sumamente sedentarios; se adaptan mal y de mala gana a los cambios. Y no digamos, cuando los cambios son forzosos.

Lo ilustraré con una anécdota personal. Tres años después de la unificación, fui con mi hermana y su marido a la ciudad de Weimar de vacaciones. Mi hermana agarró allá una gripe muy fuerte y la médica que visitó le recetó unos fármacos. Yo fui a la farmacia a comprárselos y pedí los específicos occidentales equivalentes que conocía de la RFA. Lo hice inconscientemente, víctima también de ese sedentarismo de los hábitos y las ideas: si los fármacos eran occidentales, pensé, seguro que serían mejores.

Cuando el farmacéutico oyó mi pedido, me dijo :

- *“Ah, sí; eso es lo que venden en la RFA. Pero aquí nos medicamos con los fármacos de aquí; los de allá no los tenemos. ¿Quiere usted los nuestros?”*

Los quise por falta de alternativa y mi hermana se curó la gripe tan deprisa o despacio como le ocurría en la “otra Alemania”.

La velocidad de los cambios –en Alemania acaparaba la atención la unificación, pero en el

**LA VELOCIDAD DE LOS CAMBIOS
–EN ALEMANIA ACAPARABA
LA ATENCIÓN LA UNIFICACIÓN,
PERO EN EL MUNDO FUE LA
DESAPARICIÓN DEL COMUNISMO
ESTALINISTA LO QUE CAMBIÓ
DRÁSTICAMENTE TODOS LOS
ESCENARIOS POLÍTICOS, EXCEPTO
EL DE COREA DEL NORTE– FUE
EXCESIVA TAMBIÉN PARA EL
GOBIERNO Y LOS HABITANTES DE
LA RFA**

mundo fue la desaparición del comunismo estalinista lo que cambió drásticamente todos los escenarios políticos, excepto el de Corea del Norte– fue excesiva también para el Gobierno y los habitantes de la RFA. Gran parte de estos últimos aceptó a regañadientes un incremento general del 10% de los impuestos para afrontar los gastos de la unificación. Además, los sectores más desfavorecidos de la sociedad germano-occidental consideraron un abuso que los habitantes del Este recibieran un trato preferente a la hora de tener beneficios sociales, desde viviendas baratas hasta subsidios de todo tipo.

En cuanto al Gobierno de Kohl, tardó pocos meses en darse cuenta de que si quería que su política se aplicara de verdad en los nuevos territorios tenía que apoyarse en la vieja administración comunista. Con lo cual, los alemanes orientales que más habían sufrido durante el comunismo veían cómo los burócratas rojos de antaño eran ahora demócratas de toda ley y seguían mandando cómo antes.

Hoy en día las cosas han cambiado algo en la Alemania unificada, pero ese algo es más bien poco. Han cambiado y están cambiando el escenario político y la infraestructura. Pero las izquierdas radicales y las nostálgicas tienen aún hoy sus bastiones en el este del país y la riqueza de Alemania hay que seguirla buscando en el oeste. También están en el oeste los centros de poder, de las finanzas y de la intelectualidad.

Y en ambos lados – en el Este y en Oeste – sigue viva la conciencia de que “los otros” siguen siendo otros.

